

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

DE TOLEDO.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

Real decreto.

En vista de las razones que me ha espuesto mi Consejo de Ministros, vengo en declarar cerradas definitivamente las sesiones de las Córtes Constituyentes convocadas por mi Real decreto de 14 de Agosto de 1854, y en declarar asimismo su mision terminada.

Dado en Palacio á 2 de Setiembre de 1856.—El Presidente del Consejo de Ministros, Leopoldo O-Donnell.

MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.

Reales decretos.

Para formar la junta superior de rendicion de cargas espirituales y temporales, segun lo dispuesto en el artículo 4.º de la instruccion de 18 de julio último, vengo en nombrar presidente á don Manuel de la Fuente Andrés, ministro que ha sido de Gracia y Justicia y diputado á Córtes; y vocales, al marqués de la Vega Armijo, diputado á Córtes; D. Antolin Udaeta, diputado á Córtes; D. José Antonio Gutierrez, oficial pri-

mero agregado á la secretaría del ministerio de Gracia y Justicia y secretario que ha sido de la Cámara del real patronato; D. Augusto Ulloa, subsecretario en comision que ha sido del ministerio de Estado y diputado á Córtes; D. Vicente Hernandez de la Rua, teniente fiscal del supremo tribunal de Justicia y diputado á Córtes, y D. Francisco Campodon, diputado á Córtes.

Dado en Palacio á 30 de agosto de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Gracia y Justicia, Cirilo Alvarez.

En la plaza de regente de la audiencia de Madrid, vacante por fallecimiento de D. Francisco de Paula Vaquer, vengo en nombrar á D. Fernando Calderon Collantes, presidente de sala del mismo tribunal.

Dado en Palacio á 30 de agosto de 1866.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Gracia y Justicia, Cirilo Alvarez.

Vengo en nombrar presidente de sala de la audiencia de Madrid, en la plaza vacante por promocion de D. Fernando Calderon Collantes, á D. Antero Echarri,

regente de la audiencia de Pamplona.

Dado en Palacio á 30 de agosto de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Gracia y Justicia, Cirilo Alvarez.

*Habilitacion del Culto, Clero y Religiosas
de la Provincia de Madrül.*

Desde mañana 7 del corriente queda habierto el pago de la mensualidad de Agosto para las clases arriba citadas, por haber realizado su importe en Tesoreria; pero que los Partícipes no deberán presentarse en los Arciprestazgos á cobrar sus haberes, hasta pasados 8 dias que se creen indispensables para hacer las consignaciones.

Madrid 6 de Setiembre de 1856.—
Marcos M. Sainz.

*Habilitacion de las clases Eclesiásticas de
la provincia de Albacete.*

Desde el dia de hoy queda abierto el pago á las clases eclesiásticas de esta provincia de la mensualidad de Agosto último; y lo pongo en conocimiento de los partícipes, para que inmediatamente procuren hacer efectivo el cobro en la forma acostumbrada.

Albacete 4.º de Setiembre de 1856.—
El Habilitado, Pablo Medina, presbítero.

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

Pagaduria de Guadalajara.

Desde el dia 4.º del actual hasta el 15 del mismo, se halla abierto el pago de la mensualidad de Julio último para todos los partícipes que han percibido hasta

el dia sus respectivos haberes en esta pagaduría de mi cargo.

Guadalajara 4.º de Setiembre de 1856.—El Párroco de Santiago, Francisco Antonio Santos.

NOTICIAS VARIAS.

ITALIA.—*Roma.*—El Santo Padre habia aprobado los estatutos de la compañía formada para la construccion de los caminos de hierro de Civita-Vecchia y Bolonia. Se esperaba que las obras comenzasen muy en breve, y por nuestra parte nos alegraremos de que no suceda lo que en España, donde despues de habernos estado aturdiendo los oídos con el poder de las compañías mercantiles é industriales, y con los grandes medios de que disponian para dar concluidos en muy poco tiempo los ferro-carriles subastados, resulta que en unas partes ni siquiera se ha dado un piquetazo, á pesar de las solemnes, espléndidas y verbosas inauguraciones, y en otras se trabaja á paso de tortuga, como si dijéramos para cubrir el espediente, lo cual no impide que de tiempo en tiempo la Fama emboque la bocina y anuncie con el mayor estrépito, que las compañías van á realizar estas y las otras maravillas, que tienen reunidas miles de miles de toneladas en material, que van á emplear los brazos á millares, y en suma, que dentro de poco seremos felices. Dios lo haga; pero nos ocurre la duda de si podrán hacer las compañías en el invierno lo que no han podido hacer en el verano. El tiempo nos lo dirá, que nosotros estamos en esta clase de asuntos con Santo Tomás.

El 17 salió de Roma monseñor Chigi, comisionado por el Papa para representarle en las eceremonias de la coronacion del emperador de Rusia. El ilustre Prelado llevaba coches de gala con numeroso séquito.

ACCION DIGNA.—Un jóven de diez y seis años, pequeño de talla y de consti-

tucion débil, llamado Bouvet-Rigolet, que habitaba en Mantua, paseaba uno de estos días por las orillas del lago, cuando oyó pedir socorro. Un hombre se estaba ahogando. El jóven se precipitó en el lago, y cogió á la víctima por el cuerpo cuando ya se iba á fondo.

Sin perder su valor el jóven Bouvet, con los mayores esfuerzos logra sacarlo á flor de agua. Pero el desgraciado, embargado sin duda por el miedo, trata de huir dando un golpe á su salvador. Este, apenas pudo reponerse, volvió á nadar con nuevo brio, logrando por fin dominarlo y llevarlo salvo á tierra para recibir allí los elogios á que su heroísmo le habia hecho acreedor.

El consejo municipal de Mantua piensa, segun se dice, pedir una recompensa honorífica para tan digno jóven.

Acaba de prohibirse la insercion en los periódicos bávaros de proposiciones para casamientos, declarándolas una verdadera profanacion del instituto conyugal, un ataque contra las bases sociales, y un menoscabo inmediato de la moralidad.

El clero ruso en la Crimea se apresura á bendecer la tierra de la Península, profanada, á su juicio, por la estancia de los aliados. En Balaklava salió una procesion á los campos vecinos, yendo todos los fieles descalzos, mientras que los sacerdotes hacian aspersiones con agua bendita.

UN NIÑO MISIONERO.

Nada hay mas grande que esos gloriosos confesores, esos hombres que animados por el espíritu de Dios van á llevar la caridad de la fé cristiana á las naciones salvajes, enbrutecidas por el despotismo y sentadas en la sombra de la muerte.

Desde el momento en que Cristo dió su mision á los Apóstoles para que predicaran el Evangelio hasta nuestros días, almas nobles y generosas se han consa-

grado á la estension del catolicismo; y en nuestros días mismos admiramos las obras sobrehumanas de algunos pobres sacerdotes contemporáneos nuestros, á quienes apenas, en medio del tumulto de las cosas humanas, siguen algunos ojos al través de las escalas de Levante, la Bulgaria, el Libano, la Siria, la Persia, el Mogol, el Malabar, Bengala, Tonquin, la China, la Corea, los archipiélagos del Océano, hasta las riberas en fin del Misissipi.

No hace muchos años todavía que un celoso y modesto sacerdote, á quien conocemos, penetró en las islas de Fernando Póo y de Annobon, y tomando posesion de ellas en nombre de la cruz de Cristo y de la reina de España, volvió á Madrid, trabajando incesantemente un año y otro año para que se enviasen allí misioneros que abriesen los ojos de la fé y de la civilizacion á aquellos pobres naturales, sumidos en la mas completa ignorancia y en las tinieblas de la idolatria. Por fin, despues de esfuerzos inauditos, hace cuatro meses que ha marchado á aquellas regiones para evangelizarlas el presbítero D. Miguel Martinee, cura párroco de Chamberí, el que acompañado de algunos jóvenes eclesiásticos, y de obreros y artesanos de distintos oficios, se embarcó para dichas islas á fin de llevar con sus sacerdotes la palabra de Dios, y con los artesanos los primeros y mas necesarios rudimentos de las artes, que han de servir de base á la civilizacion de aquellos pueblos incultos.

En el primer viaje de descubrimiento y exploracion de estas islas, al desembarcar los primeros misioneros en una de ellas, inmediata á las de Fernando Póo y Annobon, y habitada tambien por salvajes, se encontraron cerca de las playas del mar, sobre una roca, una cruz toscamente construida y una porcion de niños negros en actitud de adorarla, dirigidos por otro niño blanco, tambien de pocos años. Al rededor de aquel altar, con la cruz cubierta todavía con su corteza, rezaban con voz argentina en español la oracion del Ave María.

Grande fué el asombro de los misioneros al encontrar en aquel pais, donde creian que era nueva la idea de la cruz, un tosco y verde altar levantado á ella.

Al verlos, el niño gritó en claro é inteligible español: «¡Curas! ¡Curas!» y todos los negritos volvieron inmediatamente la cabeza hácia los misioneros. Estos, al ver aquel niño, le rogaron que los llevase á casa de sus padres, pues veian que no era de los indígenas. Contóles el niño que haria como un año que habia sido arrojado allí en un gran naufragio, separado de sus padres, y que no los habia vuelto á ver: que recogido por unos negros le habian criado al lado de sus hijos, y que recordando él lo que habia visto cuando se hallaba muy lejos de allí, viviendo con sus padres, habia hecho aquella cruz, habia enseñado á los negritos las oraciones que todos los dias su madre le hacia repetir al levantarse y al acostarse, y que juntos se ponian todos los dias de rodillas ante aquella cruz que entre todos ellos habian hecho.

—Luego son cristianos: los hemos visto rezar contigo: dijeron los misioneros.

—Yo no sé lo que son, dijo el niño; me ven orar, se arrodillan en rededor mio, y han aprendido algunas de las palabras; pero no sé si las comprenden ó no, porque yo no entiendo su lenguaje. Sim embargo, les he enseñado á todos á hacer la señal de la cruz, y no dejan jamás de hacerla cuando pasan delante de esta cruz.

—Y ¿quién ha levantado esta cruz?

—Yo, dijo el niño; me he acordado de las que hay de trecho en trecho en mi tierra.

Y al concluir esta sencilla relacion, el pobre niño no pudo contener sus lágrimas y profundos suspiros.

Los misioneros le preguntaron su nombre; el niño no lo sabia: no recordaba ni el nombre de su pátria, ni el punto donde habia residido; no sabia tampoco fijamente cuánto tiempo hacia que permanecia en la isla, porque no habia medido ninguno para poder medir el tiempo.

Admiráronse los misioneros, y dieron mil gracias á Dios, respetando sus impenetrables designios de que un niño que no sabia contar, que no sabia leer, que no estaba iniciado en los misterios de la religion, hubiese echado los gérmenes y comenzado la conversion de toda una tribu, tanto que los misioneros únicamente tuvieron despues que acabar su obra.

Aquel niño, aquel primer apóstol de estas islas, ha permanecido en ellas, y es seguro que puesto en comunicacion con los obreros evangélicos que en el mes de mayo de este año han salido de España para llevar allá la palabra de Dios, les será de un fuerte y poderoso auxilio, porque ya conocerá el idioma y las costumbres peculiares de aquellos pueblos. (S. P. E.)

(Concluye la Carta de Jerusalem que empezamos á insertar en el número 188.)

Asi pues, el benemérito médico parisiense don Lorenzo Francisco Thevenius, despues de haber probado bien su vocacion y su espíritu, y convencido de ser asi la voluntad de Dios, resolvió abrazar el estado religioso en la pobre y humilde familia del Serafin de Asis, y á la misma órden fué consagrado por voto de sus Padres Antonio de Pádua, último hijo que conservaban en su compañía. Su madre, bajo los auspicios paternales del mencionado Ilmo señor Chalandon se proporcionó el ingreso en la clausura de las religiosas de la Visitacion ó Salesas de la ciudad de Gex, diócesis de Belley, para profesar la vida austera y penitente de aquel instituto. Arregladas todas sus cosas temporales con la tutoria correspondiente al cuidado de la dote y demas intereses legales de sus hijos, y tratado todo cuanto debió preceder al efecto, se dirigieron para Roma ambos esposos, llevando consigo al hijo, que por el presente debia seguir á su padre, en cumplimiento del referido voto particular.

Presentáronse en Araceli, á nuestro reverendísimo padre maestro general,

quien ya los esperaba para recibir en el seno de su familia minorítica al nuevo vencedor del mundo, según estaba ya concertado. El siervo de Dios renovó verbalmente su humilde súplica de admisión en la Orden, y el digno sucesor de mi padre San Francisco le confirmó su promesa, inscribiéndolo en el número de sus hijos; pero le hizo entender, que para vestir el santo hábito, debía venir á la Palestina, á recibirlo de mano del reverendísimo padre Custodio de Tierra Santa, residente en Jerusalén; intimación á que se sometió sin dificultad ni réplica, como el más humilde y obediente religioso. Se cree con algún fundamento, que esta superior disposición fué tentar la última prueba, para la que el aspirante estaba totalmente desprevenido; por cuanto la esposa, que desde Roma debía regresar á su destinada clausura, luego de dar el último adiós á su esposo é hijo en presencia del mismo reverendísimo padre Maestro General, en cuyas manos iban á entregarse, suplicó á este que si le era permitido, los seguiría hasta la ciudad de Dios, y le fué acordado conforme á su deseo.

La demora que hicieron en Roma fué únicamente lo preciso para satisfacer su piedad en la visita de algunos monumentos religiosos, y la que con grande consolación de sus almas les fué permitido hacer al Santo Padre, de quien fueron recibidos con su acostumbrada benevolencia y amabilidad; é informado del religioso motivo que habia conducido á su presencia tan amables hijos, los exhortó á ser constantes en su fiel correspondencia á los llamamientos divinos, confirmándolos en su fervorosa vocación con su apostólica soberana bendición.

Enriquecidos de gracias espirituales, con redoblado fervor religioso, y acompañados del mismo sacerdote que lo habia hecho desde Francia, salieron de Roma para Jerusalén, felicitándose por haberles sido como ordenada del cielo esta peregrinación tan improvisadamente, y sin que ellos la hubieran ni aun deseado. Así fué, que al desembarcar en Jafa y pisar esta tierra tres veces

santa, no se saciaban de bendecir al Señor y darle gracias por tan señalado beneficio con que se habia dignado favorecerlos. Y ¿cómo describir las demostraciones de su humilde reconocimiento y el júbilo espiritual de sus corazones? Cuando llegamos á vista de la Ciudad Santa, y á la primera insinuación de hallarnos al frente de sus muros, á pesar del estremado cansancio por la fragosidad del penoso y largo camino, nos apeamos todos y postrados en tierra saludamos aquel sagrado recinto, que encierra los más preciosos monumentos del cristianismo, con una emoción de afectos en nuestros fervorosos peregrinos, que edificaban y conmovían el corazón más tibio y distraído.

Ya tenían habitación preparada correspondiente á su clase en el Hospicio de nuestros peregrinos, llamado *Casa Nueva* y al momento de nuestra llegada se presentó el Rmo. P. Custodio con algunos PP. del Discretorio de Tierra Santa á prestarles los socorros y consolaciones que por los hijos de San Francisco se prodigan á todos cuantos se dignan hacer esta santa peregrinación; pero las circunstancias que distinguían de los demás á nuestros tan nobles como piadosos viajeros, formaban un nuevo motivo de satisfacción para nosotros y de consolación inesplicable para ellos.

Los quince días siguientes se ocuparon en visitar los Santuarios de Jerusalén, Belén y San Juan de la Judea, no con aquella precipitación y disipación de espíritu, con que por desgracia suelen hacerlos muchos, sino con aquella detención, compostura y recogimiento propio de las almas contemplativas, y con grande edificación de cuantos pudieron admirarlos.

Satisfecha abundantemente su fervorosa devoción, y embriagados sus corazones de consolaciones divinas, que fueron otros tantos medios de mejor y más digna preparación para el grande holocausto, y dispuesto ya todo lo necesario, llegó el tan ardientemente deseado momento, que puso término á todas las ansiedades de su probada constancia. El

memorable dia 9 del pasado diciembre á las cuatro y media de su mañana, y en el mismo Santísimo Sepulcro de N. R. J. C. , tuvo lugar el acto mas tierno y patético que puede verse, y al que hube de asistir con indecible placer. Rodeados de un numeroso concurso de nuestros católicos, atraídos de la novedad, se hallaban nuestros héroes, prostrados ante la sagrada tumba del Redentor, cuando el Rmo. P. Custodio, revestido con capa pluvial, precedido del maestro de ceremonias y ministros, y acompañado de muchos religiosos, salió de la sacristía, al mismo tiempo que el órgano fertejaba este acto tan grave como edificante. Llegado al lugar sagrado, nuestro digno Prelado bendijo solemnemente tres hábitos con sus respectivos cíngulos, que ya se hallaban preparados sobre la cándida losa que cubre el Sepulcro de Cristo, y con la misma solemnidad se signió la investidura de otros tantos nuevos hijos del Patriarca de los pobres evangélicos.

El primero que puesto de rodillas recibió el hábito de mano del prelado, juntamente con la cuerda franciscana, fué el médico parisiense, quien en presencia de su esposa se llamaba ya fray Francisco Maria de Asis. Encomie el mundo cuanto quisiera las hazañas de sus famosos capitanes y esforzados guerreros, porque á fuerza de armas conquistaron un palmo de tierra, regándola primero con torrentes de sangre humana, y llevando hasta el horror el esterminio y desolacion; que sus glorias al fin durarán poco mas que la vision del humo que sus aterradoras baterías esparcieran por el aire al estampido de sus cañones. Pero vengan los adoradores de Marte, si desean hallar heroismo, y hallarán el mas sublime al pié del Calvario junto al sepulcro del Crucificado. Sí, allí verán el heroismo mas acabado y á todas luces digno de encomios, en dos almas generosas, que con valor de verdaderos soldados de Jesucristo pelean triunfadores las batallas del Señor, para conquistarse el reino de los cielos, no con armas belicosas, sino con la huida

y desprecio del mundo, no venciendo ejércitos de enemigos, sino solo en sí mismos el mas puro y santo amor conyugal, por ofrecerse vivas víctimas de amor divino á aquel Dios, que por puro amor quiso redimirnos, regando con su sangre preciosísima aquél mismo sagrado suelo que pisan con trémulos pasos y reverentes adoran. Allí verán á nuestro héroe evangélico, que con un fervor todo seráfico se despoja de los vestidos seculares y viste el saco de penitencia, con que se cubren los hijos de San Francisco. Verán una heroina, que compitiendo en fervor con su virtuoso esposo, recibe en sus manos los seculares despojos, para cubrir con ellos la desnudez de un pobre de Jesucristo, despues de haberlos bañado con un torrente de lágrimas en que se liquida su inflamado corazon.»

El segundo que vistió el hábito franciscano fué un virtuoso jóven español, natural del pueblo de Salsellus en el Principado de Cataluña, que poco tiempo antes abandonara su patria para venir en busca de este religioso asilo. Pero vengamos al tercero, y con superior admiracion veremos lo mas sublime del heroismo de aquella mujer fuerte. La misma religiosa ceremonia que habia presenciado realizarse en su esposo, vió repetida en su tierno hijo, precioso y amable á cuantos le conocen, ¡qué será para una madre! Esta pues, hacia el sacrificio de un solo hijo que le quedaba, y en quien se recopilaba el amor de todos los demás, de que ya se habia enajenado, y por lo mismo no menos caro á su corazon que lo fué Isaac al del patriarca Abraham; y precisamente en el mismo sagrado sitio, en donde la Santísima Virgen María consumó el gran sacrificio de su afligido y traspasado corazon, dejando sepultado á su dulcísimo Jesus. ¡Ah, que este acto no podia presenciarse sin derramar lágrimas! Yo confieso que no pude contenerlas, sabiendo que el esposo y el hijo de aquella mujer, extraordinariamente fuerte y de corazon magnánimo, debian quedarse sin esposa y madre, tal vez para no

verla jamás en esta vida mortal; pero la privacion de estos, aunque dura, no es comparable, con la de aquella, que debia volverse á Europa sin su esposo y sin la amable prenda de sus entrañas. Aquellos conservaban simultáneamente la union entre sí, y con recíproco amor paternal y filial servian el uno al otro de consuelo: no así la que despues de haberse privado totalmente de la dulce compañía de sus hijos y de su virtuoso y ejemplar consorte, sola y sin ya poder ver á sus mas caros objetos, debia atravesar toda la longitud del Mediterráneo, para buscarse sociedad en una comunidad de religiosas, que aun no conocia. Pero aunque con grande diferencia, no puede dudarse que uno y otro caso escedia á la pequenez del corazon humano, y que todo lo superó la gracia; probando todos los circunstantes, tanto religiosos como seculares, los mas sensibles afectos de admiracion, de ternura y hasta de propia confusion, á vista de tanto heroismo religioso.

Continuó el Rmo. R. Custodio con la celebracion del incruento sacrificio sobre el mismo Santísimo Sepulcro, de donde se levantó triunfante lleno de magestad y gloria el Hombre Dios, y á donde bajó del cielo en el cándido maná eucaristico, para alimentar, regalar y confortar á nuestros verdaderos israelitas, que abandonando el Egipto de este mundo entraban en los caminos de la soledad religiosa para conducirse á la prometida patria de los predestinados Corroborados con el pan vivo celestial (interin la sobredicha celebracion, y aprovechando ocasion tan oportuna tuve yo el consuelo y satisfaccion que otras veces, de efectuarlo sobre el Gólgota en el Lugar Santo de la Crucifixion de Jesus), y dadas gracias al Altísimo por la misericordiosa dignacion con que habia proveido á las piadosas y fervorosas ansias de sus siervos hasta ver realizados sus votos con el concurso de tan religiosas y satisfactorias circunstantes, salimos de la Basílica del Santo Sepulcro seguimos de gran número de nuestros católicos, que no se saciaban de admirar un espec-

táculo tan tierno y nunca visto. Pasando la comitiva por las calles del tránsito hasta *Casanueva*, Jerusalem renovó la memoria de sus antiguas glorias, viendo públicamente uno de los mil triunfos de nuestra religion santa. Caminaba fray Francisco María de Asis todo concentrado en estático recogimiento, apreciando en su corazon el bendito saco que le cubria mas que toda la púrpura y riquezas del mundo, como lo demostraba bien en su penitente rostro, pero con gravedad, modestia y compostura edificantes. Madama Enriqueta, que marchaba con aire sereno y magestuoso, llevando de la mano á su gracioso frailecito Antonio de Pádua, llamaba la atencion de los espectadores, siendo admirada con sorpresa hasta de los mismos turcos que se hallaban en el tránsito.

Llegamos al hospicio, y nada restaba ya que desear á nuestros huéspedes: habian visitado detenidamente y á su satisfaccion los Lugares Santos de nuestra redencion, meditando y contemplando en ellos los admirables prodigios del amor divino para con el género humano; ocasion providencial que los confirmó mas y mas en su extraordinaria vocacion, á vista de tantos monumentos que eternizan la memoria de otros famosos héroes del cristianismo, que siguieron constantes las huellas de Jesucristo, y por cuya via justamente ellos se habian conducido con fidelidad hasta un punto tan avanzado, y á costa de tan grandes sacrificios como van referidos. Pero todavia faltaba uno que debia arrancar el mas profundo suspiro del corazon, y poner el sello á los demas. Todo estaba ya preparado para la marcha de madama Enriqueta, que el dia 11 debia estar en Jafa para tomar plaza en el vapor que habia de conducirla hasta Marsella, y era preciso dar el último adios á los que mas amaba en este mundo. Aquí se dejó ver el último rasgo de valor de esta mujer verdaderamente extraordinaria; valor no menos digno de elogio, que el de aquella famosa matrona romana Santa Paula, discípula del padre San Jerónimo, y de

quien el mismo Santo doctor fué panegirista. Con esta puede parangonarse nuestra heroína en grande escala, y aun darle la preferencia en valeroso desprendimiento.

Se celebra (y dignamente) el rasgo varonil de Santa Paula, que siguiendo los consejos de San Gerónimo, abandonó la ciudad de Roma para trasladarse á la Palestina, y establecerse junto al Pesebre santo de Belen, en un monasterio de religiosas que fundó ella misma, y de donde acabados sus dias mortales, pasó á la pátria de los vivientes. Roma vió con admiracion la resolucion de Paula, porque aunque viuda, todavia le vivian cuatro de los cinco hijos, que le habia dejado su difunto esposo; pero tres de ellos quedaban bien colocados y casi unidos entre sí; Paulina, heredera de las piadosas instituciones que su madre habia fundado en Roma; Rufina debia celebrar muy presto los desposorios, y el niño Tosocio lo confió á la tutela de un hermano suyo, reservando llevar en su compañía á Eustoquia, que jamás abandonó á su santa madre, y á quien como á ella registra la Iglesia en el catálogo de sus Santos. Santa Paula abandonó el mundo, las riquezas, los parientes, los amigos, la pátria y hasta sus propios hijos. Grande fué el valor de esta santa; pero en las privaciones y abnegacion de las cosas terrenas, en nada cede el de madama Enriqueta. Esta se ha visto circundada de igual número de hijos que aquella, y como á la misma tambien le habia conservado el cielo cuatro de ellos para las pruebas de desprendimiento por que una y otra debian pasar.

Santa Paula trajo consigo á la Palestina á una de sus hijas; madama Enriqueta se ha privado de todas las suyas; Santa Paula confió á un hermano suyo la tutela de su niño Tosocio; madama Enriqueta ha entregado su Antonio de Padua á los hijos de San Francisco: Santa Paula era viuda que habia llorado la muerte de su marido; madama Enriqueta tiene vivo y presente el suyo, de quien se enagena libre y voluntaria-

mente, por unánime consentimiento: Santa Paula tenia riquezas con que fundó un convento para su morada junto á la gruta santa de Belen; madama Enriqueta debe buscar un asilo en pátria y casa estraña, sin tener ni aun el consuelo de vivir en Tierra Santa, cuya residencia contribuye (al menos accidentalmente) á que las almas consagradas á Dios encuentren mas fácilmente pasto abundante con que alimentar sus fervores en el amor divino; y finalmente, Santa Paula tuvo por guia á todo un San Gerónimo, y si bien á madama Enriqueta no le faltará Dios en su Providencia, no es de presumir que le sea fácil hallar un conductor tan de primer orden como aquel gran Santo; Santa Paula, reina triunfante en el cielo; madama Enriqueta postrada en la gruta de Belen, ha venerado su sepulcro, y la ha escogido por su especial protectora para el complemento de sus victorias, hasta lograr el darse unidas el eterno parabien de los predestinados.

Del hospicio de Tierra Santa en Jafa 8 de enero de 1856.—Su afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.—*Fr. N. P.*

ANUNCIO.

Se halla vacante la plaza de Sacristan mayor de la Iglesia Parroquial de la villa de Escalona, en la provincia de Toledo; cuya dotacion consiste en cien ducados y los derechos de pié de altar, compartidos en una tercera con el menor ó segundo sacristan. Los que gusten interesarse en ella pueden dirigir sus solicitudes á su cura propio D. Natalio Alcobendas, en el preciso término de un mes, contado desde la insercion de este anuncio en el *Boletín Eclesiástico*. Escalona 30 de Agosto de 1856.—Natalio Alcobendas.

MADRID.

IMPRESA DE HIGINIO RENESES,
calle de Valverde, 24.